



REVISTA ILUSTRADA

REDACCIÓN

D. BENITO PÉREZ GALDÓS
» LEOPOLDO ALAS

D. EUGENIO SELLES
» ARMANDO PALACIO VALDÉS

D. JOSÉ YXART

COLABORADORES: LOS PRINCIPALES LITERATOS ESPAÑOLES

Año 1883

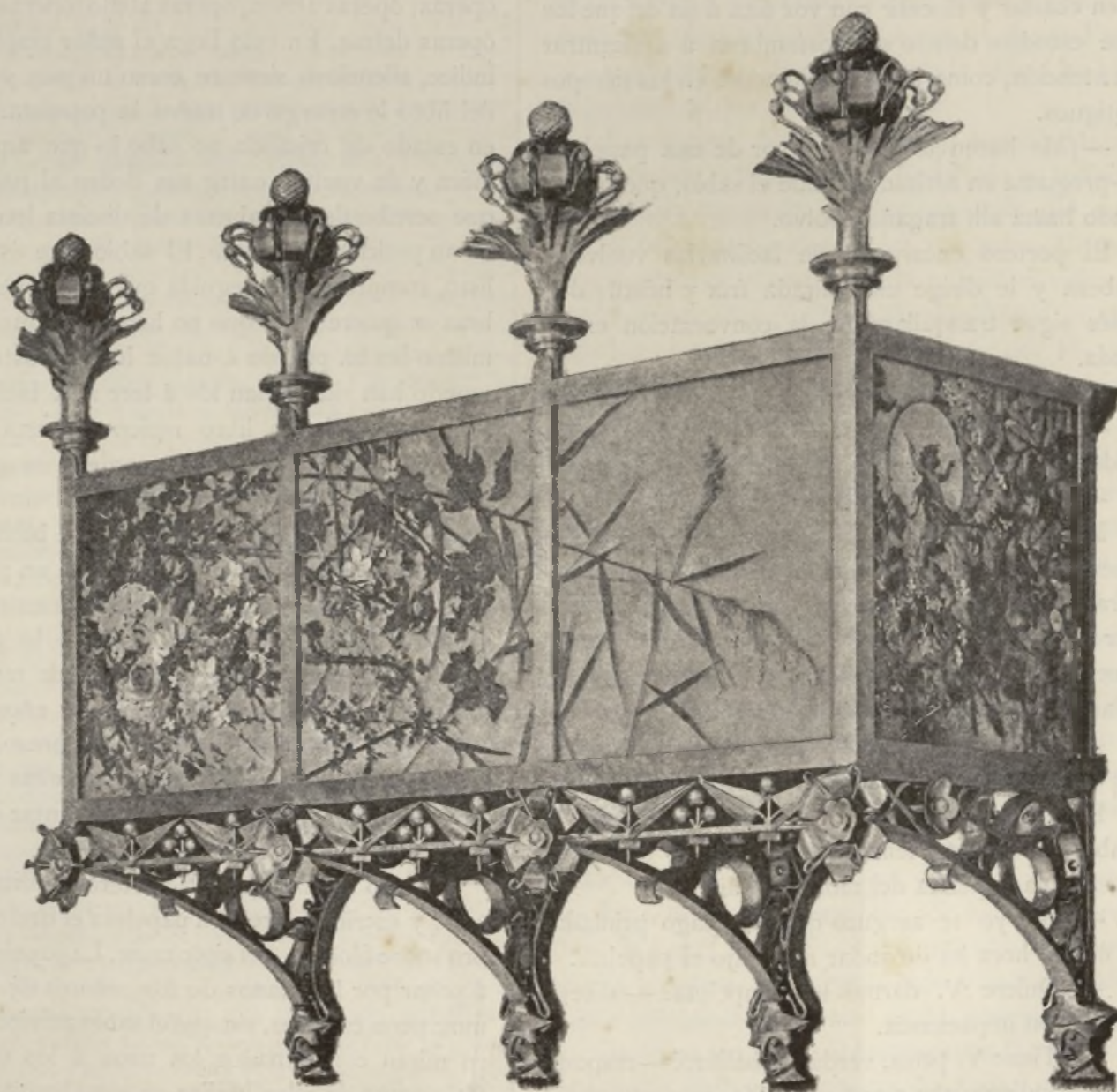
Barcelona, 1.º Febrero

Núm. 6

ARTE.— *Jardinera de hierro forjado y cristales pintados*. Proyecto del arquitecto C. Oliveras, pintura de A. Riquer.
— *Paisaje*, por J. Pahissa.— *Bacante*, escultura de Atcher.— *Moro de Rey*, cuadro de A. Fabrès.— *Músicos árabes*, acuarela del mismo.
LETRAS.— *Aguas fuertes*, por D. Armando Palacio Valdés.— *Propaganda*, por Clarín.— *Mignon*, por J. Sardá.— *Espejismos*, por D. Eugenio Sellés.



AGUAS FUERTES



JARDINERA DE HIERRO FORJADO Y CRISTALES PINTADOS

Proyecto del arquitecto C. Oliveras, pintura de A. Riquer



LA BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID posee una biblioteca nacional. Esta biblioteca se halla situada en la calle del mismo nombre que desemboca por un lado en la plaza de la Encarnación y por el otro en la de Isa-

bel II. Es fácil reconocer el edificio. Además, posee en el barrio de Salamanca los cimientos de una nueva biblioteca contruídos con todo lujo, perfectamente resguardados de la intemperie y rodeados de una bonita verja. Con tales elementos es fuerza convenir en que la capital de España no carece de medios de instrucción y que todo el que desee estudiar puede hacerlo. No obstante, una cosa me ha sorprendido siempre, y es que la biblioteca nacional no está tan concurrida como debiera suponerse, dado el número de habitantes y su reconocida afición á meterse en todos los sitios donde no cueste dinero. Quizá dependa de hallarse cerrada la mayor parte de las horas del día y de la noche. En cuanto á los cimientos, á pesar de ser tan bellos y sólidos, están siempre literalmente desiertos, lo cual les da un cierto aspecto de necrópolis pagana, no ciertamente en consonancia con los fines de su instituto, como dijo Pavía el del 3 de Enero hablando de la Guardia civil.

Pero dejando á un lado los cimientos, cuya importancia me complazco en reconocer y acerca de los que no será esta la última palabra que diga, y volviendo á la antigua biblioteca donde el gobierno de S. M. distribuye la ciencia por el sistema dosimétrico, esto es, en pequeñas dosis y repetidas, diré primeramente que tiene un portal muy análogo á una bodega, donde los sabios de mañana aguardan, tiritando y dando estériles patadas contra las losas para calentarse los piés, á que les abran la puerta. El frío es por naturaleza anti-científico, y desde los tiempos más remotos se ha ensañado siempre con los sabios. De aquí los sabañones que tanto caracterizan á los hombres de ciencia.

Arranca del portal una escalera medianamente espaciosa, cuidadosamente tapizada de polvo como conviene á esta clase de establecimientos, la cual termina en una portería ó conserjería donde hay generalmente sentados seis ú ocho señores ocupados en la tarea de mirar lo que entra y lo que sale y en charlar y discutir con voz alta á fin de que los que estudian dentro se acostumbren á concentrar su atención, como hacía Arquímedes en los tiempos antiguos.

—¿Me hacen ustedes el favor de una papeleta? —pregunta en actitud humilde el sabio, que ha llegado hasta allí tragando polvo.

El portero encargado de facilitarlas vuelve la cabeza y le dirige una mirada fría y hostil: después sigue tranquilamente la conversación empeñada.

—¿Cuánto te ha costado á ti la contra-barrera?

—Lo que cuesta en el despacho: el amo ha pedido tres á un concejal y me ha cedido una.

—¿Todos los pillos tienen suerte!

Mucha risa; mucha algazara. La conversación rueda después acerca de las probabilidades que Frascuelo tiene de echar la pata á Lagartijo: los toros eran de Veraguas, se podían lidiar con franqueza; sin riesgo; y el matador «se las tiraría de plancheta» como acostumbraba, sin....

—¿Me hace V. el favor de una papeleta?—repite el sabio un poco más alto.

El portero le mira de nuevo con más frialdad si cabe, se levanta lentamente, moja el dedo para sacar una papeleta del montón y dice:

—Pues yo te aseguro que no pago primadas: á última hora ha de andar más bajo el papel....

—¿Quiere V. darme una papeleta?—dice el sabio con impaciencia.

—¿Tiene V. prisa, verdad caballero?—responde el dependiente con cierta sonrisilla irrespetuosa.

El sabio escribe en silencio sobre la papeleta el nombre de una obra famosa, aunque reciente, y entra en el salón principal de la biblioteca. En cada extremo de él hay un grupo de señores convenientemente separados de los que leen arrimados á las mesas. El sabio de mañana vacila entre dirigirse al grupo de la derecha ó al grupo de la izquierda; decídese al fin á emprender su marcha hacia el pri-

mero, procediendo lógicamente. Uno de los señores de los extremos le toma la papeleta, mas antes de leerla le examina escrupulosamente de piés á cabeza cual si tratase de sonsacarle mediante su aspecto qué intención perversa le había movido al venir hasta allí en demanda de un libro. Después que se entera del que pide, crecen evidentemente sus sospechas porque le acribilla á miradas escrutadoras, de tal suerte que el presunto sabio baja la vista avergonzado, juzgándose un matutero de la ciencia. El empleado sin dejar de mirarle pasa la papeleta á otro empleado que á su vez le mira también con cuidado y la pasa á otro y así sucesivamente pasa por todas las manos del grupo hasta que llega nuevamente á las del primero, el cual se la devuelve diciendo:

—Vaya V. á allí enfrente.

Y nuestro sabio atraviesa el salón y se dirige al grupo contrario, donde sufre el mismo examen por parte de la inspección facultativa del gobierno, y se repite con ninguna variante la escena anterior. Al devolverle la papeleta le dicen también:

—Vaya V. á allí enfrente.

—Ya he estado.

—Entonces vaya V. al Índice..... la primera puerta á la derecha.

En el Índice, un señor empleado lee con toda calma la papeleta, y sin decirle palabra desaparece con ella por el foro. Nuestro sabio espera una buena media hora tocando el tambor sobre las rejas de la valla con las yemas de los dedos. De vez en cuando levanta la vista á los estantes donde en correcta formación se halla una muchedumbre de libros feos, rugosos, mal encarados, que le infunden respeto. Ninguno de aquellos libros se acuerda ya de cuándo fué sacado para leer. De ahí su respetabilidad. En este mundo las cosas de poco uso son siempre las más respetables; los senadores, los capitanes generales, los académicos, los canónigos. Casi todos tienen escrita sobre su severo lomo en letras muy gordas la palabra *Ópera*. No se ve en torno más que óperas; óperas arriba, óperas abajo, óperas delante, óperas detrás. En esto llega el señor empleado del Índice, silencioso siempre como un pez, y en lugar del libro le entrega de nuevo la papeleta. El sabio en estado de crisálida no sabe lo que aquello significa y da vueltas entre sus dedos al papel hasta que percibe dos palabritas de distinta letra debajo de su petición: *no consta*. El sabio, que es bastante listo, comprende en seguida que con aquellas palabras se quiere decir que no hay semejante libro. Lo mismo les ha pasado á todos los sabios que en el mundo han sido y han ido á leer á la biblioteca de la nación. Ningún libro reciente consta. ¿Y por qué había de constar? ¿No perdería mucho de su prestigio esta biblioteca, admitiendo sin dificultad cualquier libro de ayer mañana? La biblioteca nacional no puede proceder como la de un particular; para que un libro tenga la honra de entrar en sus salones es necesario que el tiempo lo garantice, pues hasta ahora no se conoce nada mejor para garantizar la ciencia que una serie de años, cuantos más mejor. Un libro nuevo, bien impreso, satinado y limpio, no encaja bien entre aquellas dignas y graves óperas, preñadas hasta reventar de latín y de ciencia.

Nuestro sabio torna á la portería meditando todo esto, y escribe sobre otra papeleta el título de un libro sobre filosofía, del siglo trece. La papeleta vuelve á pasar por las manos de los señores de los extremos; pero esta vez, sin que el sabio adivine la razón, se miran consternados los unos á los otros. Por último uno de ellos le dice en tono humilde:

—Caballero, el libro que V. pide está en uno de los últimos estantes y es un poco expuesto subir á buscarle.... Si á V. le fuese indiferente pedir otro....

¡Pues no había de serle indiferente! Los sabios son muy finos y humanos. Nada, nada, no se moleste V. Por nada en el mundo querría nuestro sabio exponer la preciosa vida de ningún empleado

del gobierno. Así que, pian pianito vuelve sobre sus pasos hasta la portería, atormentando la imaginación para buscar una obra que fácilmente le pudiesen proporcionar, fuese cual fuese. Al fin no encuentra nada mejor que pedir el Quijote.

—¿Qué edición quiere V.?

—La que V. guste.

—¡Ah! no, caballero, perdón V., nosotros no podemos dar sino la edición que nos piden.

—Bien, pues la de la Academia.

—Tenga V. entonces la bondad de consignarlo así en la papeleta.

Vuelta á la portería. Al fin, después de una brega tan larga y deslucida, tiene la dicha de recibir el Quijote de manos del empleado. El sabio deja escapar un suspiro de consuelo: estaba sudando. Trata de sentarse á una de las mesas que hay esparcidas por la sala, sobre las cuales, para que nada llame y distraiga la atención, no suele haber ni pupitre, ni papel, ni plumas, ni tintero; nada más que la madera lisa y reluciente, invitando al estudio y á la patinación. Al tomar una de las sillas, observa con dolor que está cubierta de polvo y quizá de algo más. ¿Qué tiene esto de particular? La ciencia y la porquería no son enemigas declaradas; antes al contrario, parece que aquella vive dichosa en los brazos de ésta, como lo atestiguan multitud de ejemplos. La sagrada Teología, muy especialmente, siempre ha tenido marcada predilección por la suciedad. En otro tiempo, se medía la profundidad de un teólogo por la cantidad de grasa que llevaba adherida á la sotana. También la literatura manifestó siempre tendencias bastante pronunciadas en este sentido, y es cosa proverbial, sobre todo en las provincias, que nuestros literatos no se lavan sino cuando llueve: hay hortera á quien se le saltan las lágrimas de entusiasmo contando alguna gran asquerosidad de Carlos Rubio, ó la manera de vivir de Marcos Zapata,—por más que respecto á este último, como amigo suyo que soy, puedo declarar que hay exageración. Fundándose, á no dudarlo, en tales razones, el gobierno de S. M. ha procurado mantener en la biblioteca nacional una conveniente y adecuada porquería, de cuya conservación están encargados algunos mozos no bastantemente retribuidos.

Nuestro sabio en agraz, que aún no ha llegado á las altas regiones de la ciencia, y que por lo tanto no comprende la ayuda poderosa que le prestarían en la investigación de la verdad aquellas manchas grises de la silla que mira con sobresalto, saca el pañuelo del bolsillo y lo coloca bonitamente sobre ellas, sentándose después lleno de confianza.

¡Ea! ya está sentado el sabio; ya sopla el polvo de la mesa y coloca el sombrero sobre ella; ya se saca á medias una bota que le oprime mortalmente los sabañones; ya tose y se arranca la flema de la garganta; ya atrae el libro hacia sí; ya mira con curiosidad el sello de la Academia estampado en la primera página; ya empieza á leer.

«En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, rocín flaco....»

Tilín, tilín.

—¿Qué es eso?—pregunta con sorpresa al compañero que tiene al lado.

—Nada, que tocan á cerrar—contesta el otro levantándose.

El sabio entonces se levanta también, le sigue, devuelve el Quijote al empleado de quien lo recibiera, y se va á su casa.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

PROPAGANDA

LOS TEATROS DE MADRID



ACE pocas semanas un acreditado revisero escribía un artículo en un periódico popular, procurando demostrar que nuestra escena nacional no decae, ni es otra cosa que lo que debe ser.

Semejante optimismo no tiene más ventaja que la de halagar muchas vanidades y dejar bien con todos al crítico que lo sostiene. Para ganar amigos acaso sea un buen medio escribir de ese modo, pero si lo que más importa es decir la verdad, casi puede darse por cierta la afirmación por todo extremo contraria: nuestro teatro actual no es nada de lo que debe ser.

Soy el primero en reconocer que el gusto de parte del público ha mejorado un tanto y ha ganado no poco al hacerse más exigente; pero en general, se aplaude todavía lo insignificante, lo falso y hasta lo absurdo; son muy pocos los que empiezan a comprender que hace falta algo nuevo en el teatro, algo más conforme con las ideas y usos de la vida real contemporánea. En el estudio del teatro entran cuatro principales elementos: los autores, los actores, los críticos y el público. Pienso examinar todos estos factores y creo que fácilmente quedará probado que ninguno de ellos es, ni con mucho, lo que debería ser en este tiempo. Si se me dice que, a pesar de todo, no hay decadencia, aunque yo creo que si la hay en muchas de las condiciones que el teatro exige, no tengo gran interés en defender el teatro de años atrás, sino en indicar cuáles deben ser las cualidades del teatro de ahora en adelante. Si, pienso que hay también decadencia de pocos años á esta parte, pero es una decadencia dentro de otra decadencia, que abarca toda una época: lo que ahora importa no es tanto ver si hemos perdido algo en estos tres ó cuatro años últimos, sino examinar la *pobreza de la sangre* en todo el Teatro contemporáneo español, cuyas convulsiones nerviosas no deben temerse por movimientos de fortaleza y robustez. — Ya iremos viendo cómo la crítica y el público carecen de orientación en sus juicios, cómo los actores ignoran su arte y cómo los que escriben dramas y comedias siguen la rutina, los patrones cortados por otra generación de gustos y de tendencias diferentes.

Veamos, por ahora, nada más que el espectáculo que ofrecen los teatros de Madrid en estos días.

Acaba de comenzar, en rigor, la temporada teatral; el público acude ansioso de emociones al teatro; un verano entero ha borrado las impresiones anteriores; no se puede decir que el espectador tiene gastados los sentidos y el corazón; cualquier novedad será aplaudida, cualquier belleza bien gustada... ¿Qué sucede, sin embargo? Que las novedades no se presentan, que el público sale descontento de los teatros en que se representan obras nuevas del ingenio nacional y corre á llenar las localidades del Circo de Price en que se canta *La Mascota* ó al teatro Real, donde ni se canta en castellano.

¿En qué consiste eso? En que no hay poetas dramáticos que puedan dar abasto á nuestros coliseos, á pesar de escribir tanta gente para el teatro.

Quéjense bien de vicio los que dicen que el ingenio tropieza con grandes dificultades para llegar á la escena: no hay tal cosa; la penuria del arte obliga á los empresarios á admitir ensayos de poetas primerizos, que si fueran tan buenos como audaces, serían gloria de España.

Hoy cualquiera tiene abierto el palenque, la pública espectación no falta; Madrid entero, el todo Madrid de los revisteros, aguarda con ansiedad al desconocido de la semana, al genio del mes que ha de venir á llamar la atención de tantos desocupados por algunos días; y en efecto, cada semana un estreno ó dos de poeta nuevo ó de poeta viejo... y cada semana uno ó dos desengaños.

El público vocinglero y amigo de lo extraordinario, está en Madrid siempre dispuesto á dar la celebridad á quien apenas la merezca... y nadie la consigue de buena manera. Se va á esos estrenos casi con la seguridad de que se asiste á una decepción. Los que empiezan, siguen con miedo, sin más miras que las vulgares de los autores adocenados, siguen los pasos de la rutina: los autores viejos, que viven de lo que escriben, tampoco quieren innovaciones, se contentan con *pasar* y cuentan por los dedos los laureles á que aspiran, que son el tanto por ciento que les corresponde en cada representación de su comedia.

Entremos en el Español. Sala (ó cocina) de gótico castillo: la gran chimenea que arroja siniestros cuanto rojizos resplandores. Escuderos (que no son escuderos en buen castellano) que hacen comidilla del honor de sus amos, y de camino exponen el argumento del drama. ¿Qué drama! Un adulterio pretérito, uno de esos

dramas que ya sucedieron treinta años antes de levantarse el telón; después versos sonoros, pero poco sustanciosos; Rafael Calvo que salta por la ventana y viene de Francia exprofeso á encontrar á sus padres, sin buscarles en el cuarto de su amada. Y luego un incesto frustrado merced á... otra ventana, por la cual salta el mismo Calvo en compañía de su hermana y novia. Se supone que los amantes quedan hechos una tortilla en el foso del castillo y se acaba el drama. Como éste he visto ya unos quinientos: da tristeza ese romanticismo trasnochado, ese despertar épocas muertas sin por qué ni para qué, tan vagamente, pudiendo ser una lo mismo que otra, sin color, sin carácter, sin sello alguno que les dé vida propia, distinta.

Los personajes son desconocidos, gentes cuyas desgracias y pasiones nada nos importan; que el mismo interés despiertan al final del último acto que al empezar el primero: hombres que como se llaman don Nuño ó don Lope ó el Conde, ó el Duque, etc., etc., podrían llamarse número 1, número 2, número 3, como *las celdas* de una fonda ó de un presidio... Después, los actores ayudan al autor á robar personalidad al figurón inventado; Rafael Calvo siempre es Rafael Calvo, Jiménez siempre es Jiménez; el personaje que representan pierde todo carácter propio, se anega en la personalidad del actor y solo en éste, como es y se llama en el siglo, pensamos. ¡Qué ilusión cabe así! — Por esto vemos que Calvo se arroja al abismo ó que Jiménez se abre el pecho con un puñal como quien ve llover, con gran indiferencia, seguros de que aquello es pura broma, como lo prueban las quintillas preciosas que al moribundo se le ocurren en el acto solemne de pasar á mejor vida...

En Apolo se representaba hace poco — ya ha fallecido — *La Moderna idolatría*. Aquí los godos y trovadores ya visten de levita, pero son tan fantásticos como los otros, son fórmulas de una álgebra sociológica que el autor tiene en la cabeza y se empeña en dar á luz de cuando en cuando... Dejemos, dejemos por hoy el drama tendencioso, que tiene *pensamientos*, como llaman los aficionados á esas cuartetas que se escriben empezando por los últimos versos...

Vengamos á la Comedia, á las máscaras alegres, que dijo Moratin. Esto será otra cosa; aquí tendremos el teatro contemporáneo, la realidad de la vida presente, tal como debe ser retratada, ¿qué? ¿no?

Pues claro que no; no hay nada de eso. Dos comedias de dos principiantes: *Las mejores armas*, de Segovia Rocaberti y *Fuera caretas!* de Mariano Larra, un nieto de Figaro, que no es barbero.

En *Las mejores armas* se trata de un marqués que abandona á su esposa y se va con una bailarina. Esposa y marido se encuentran después en Biarritz, lugar de la acción; un sietemesino, amigo del esposo, enamora á la esposa, que pasa por viuda; el marido decide enamorarla también, antes de verla, y en esto llega un tío de la viuda casada que quiere matar al libertino. Para que rabie el marqués, el tío se hace tomar por ruso, y el marqués celoso ya, pues ha averiguado que su nueva conquista es su mujer, desafía al ruso en castellano: pero el amiguito del marqués delata al tío, dice á la policía que es un famoso nihilista: prenden al ruso falso los gendarmes, que hablan en mal francés, para mayor propiedad, y en el tercer acto se arregla todo; el tío está libre, el marido arrepentido, la mujer enamorada otra vez y... perdonad sus muchas faltas. No hay cosa más triste que una comedia sin gracia. *Las mejores armas* no hace reír, ni pensar, ni nada; su autor, joven discreto, debe dedicarse á otra carrera, dejar las armas por la toga, como Cicerón decía en latín: *cedant arma*, etc...

Algo más, aunque muy poco, vale *Fuera caretas!* El argumento, de puro trivial, apenas es argumento. Un viejo que se ha comido la fortuna de una huérfana, quiere casar á su hija con un ricacho de provincias; pero el provinciano no es lerdo, y en vez de enamorarse de su prometida, que tiene otro novio, se enamora de la huérfana, que resulta rica también, allá á lo último del segundo acto; por fin, se casa cada cual con su cada cual y no hay más. Es claro que esto no es una comedia, pero el autor ha sabido escribir discretamente y con facilidad algunos diálogos, mover á risa con algunos rasgos de los tipos cómicos que presenta y esto, aunque poco, es algo más que nada.

La decadencia no puede ser más triste y más patente, aunque la nieguen críticos que tienen comedias en ensayo y académicos que cuentan sus comedias por silbas.

Por último, á la hora en que esto escribo, acabo de ver el estreno de una comedia titulada *Los dengues de la niña*, que ha sido silbada á los cuatro vientos.

Dicen que este disparate cómico está tomado de una comedia de Dumas padre, pero yo me inclino á creer que todos los absurdos de que consta son puramente originales, porque tienen un señalado carácter nacional: son adefesios exclusivamente españoles.

Así anda el Teatro, que, según el Sr. Bremón, no es más que lo que debe ser.

Es demasiado fatalista ó marroquí tamaño criterio: Lo que ha de ser está escrito. Corriente, escrito... y silbado.

CLARÍN.

MIGNON



IJA del crimen, llevaba la muerte en su seno. No como su desmedrada homónima en el teatro, redimida solamente por la belleza de la música, llegó por fin á ver realizados los ensueños de toda su vida. Había nacido para sufrir y morir. Goethe, su creador, lo ha dicho: es propio del crimen el envolver en sus ruinas á la vez que al culpable, al inocente.

Su padre, temperamento propenso á todo linaje de exaltación, mitad cuerpo y mitad espíritu, rendido hoy á los fervores del más desenfadado misticismo, mañana al fogoso imperio de sus sentidos irritables, comenzó por ser fray Agustín en un convento vecino al lago de Como en Milán, enamórese luego perdidamente y sedujo á Sperata, hermana suya que vivía en los dominios del común padre sin que nadie, ni aun ella, conociese su nombre ni su origen, y cuando descubrió el formidable secreto fué presa de la locura más rara que llegó á imaginar la fantasía de los románticos. Divagó por el mundo, acosado, al par que por su amor, por los remordimientos, cantando al són del arpa en geniales improvisaciones sus penas y amarguras; vivió con su hija sin conocerla ni ser conocido, fué su amparo en las crisis culminantes de su dolor, y se mató por fin en súbita recrudescencia de una locura que se daba por vencida y cuya característica era el temor de esa misma muerte.

No menos fantástica Sperata, amó al fraile con ardor idéntico. Fué madre, y los escrúpulos religiosos, excitados por su confesor, que al ocultarle que el amante era el hermano no quería ahorrarle ni un ápice del remordimiento que el saber toda su culpa le causara, sumieronla en otra locura no menos singular que la de fray Agustín, puesto que creyendo á su hija, que le habían quitado, ahogada en el lago, iba por las orillas de este recogiendo huesos con la esperanza de que, reconstruido el esqueleto, iría con él á Roma á ver al Santo Padre, y un milagro de Dios devolvería la vida á su hija y el amante perdonado á la madre.

Esa sangre doblemente ideal heredó Mignon, fruto de tan extraño enlace. Concluida su lactancia, confiáronla sus parientes, por sugestión del confesor, á unos campesinos de las cercanías. Crióse y creció entre ellos como se cría y crece el viento de los bosques, libre, suelto, difundiendo á su sabor por los espacios sin límite, triscando por los montes de cumbre en cumbre, escurriéndose por torrentes y cañadas, bajando al fondo de los valles á ses-tear entre las arboledas. Así pasó Mignon sus primeros años. Quiso ir vestida como los niños porque el traje ajustado cuadraba mejor á sus instintos y aficiones vagabundas. Era extraordinariamente ágil para toda suerte de ejercicios corporales, y su gusto predilecto el de trepar, por los árboles, en busca de la rama más alta, — por montes y colinas, en busca de la cima más abrupta. Costábale mucho el hablar. En cambio, el canto parecía en ella tan natural como en los pájaros; sólo por medio de él hallaban fácil salida sus singulares ideas y sus sentimientos no menos singulares. La dificultad no parecía que residiese tanto en sus órganos como en su espíritu, espíritu concentrado, de hondas impresiones, de vagas tendencias hacia una idealidad que no podía concretarse materialmente y que no hallaba modo de manifestarse sino en la misteriosa ilación de palabras sin letras que constituye la melodía, la más ideal de las expansiones del alma humana.

Apenas hacía alto en su albergue. Gustábale vagar por los bosques y montes vecinos. Á veces sus excursiones la llevaban muy lejos; extraviábase á veces, pero volvía siempre, de suerte que ya no la buscaban; aguardaban su regreso. Al volver, solía sentarse y quedar como dormida entre las columnas del pórtico de una casa vecina á la suya. Le-



BACANTE — ESCULTURA DE ATCHER — GRAVADO DE JOARIZTI



PAISAJE DE J. PAHISA — GRABADO DE THOMAS

vantábase luego, penetraba en el salón, deteníase á contemplar en hondo ensimismamiento las estatuas que lo decoraban, y volvía á partir.

Un día, con todo, no regresó. Hallóse su sombrero flotando en el lago cerca de la desembocadura de un torrente, por lo cual se supuso que habría resbalado al querer escalar las rocas que formaban su empinado lecho. Buscóse el cadáver, mas el cadáver no pareció.

La sospecha no era cierta.

Habíase extraviado como tantas otras veces. Una cuadrilla de saltimbanquis dió con ella. Explicóles Mignon, como supo, las señas de su familia y de su casa, pero como tras tantas explicaciones, creyéndola dormida sus raptos, bromeaban sobre la importancia de la presa, vino ella en conocimiento de su desdicha. Su desesperación, aunque muda, fué horrible, mas habiéndosele aparecido la Virgen y prometíndole su asistencia, juróse á sí propia no revelar á nadie absolutamente su secreto y vivir y morir en espera del anunciado socorro.

Corrió el mundo con sus raptos, replegada en sí misma, sin hablar apenas, nutriendo calladamente la nostalgia del ardiente sol y el cielo azul y las risueñas campiñas de su patria, obedeciendo al amo sólo á fuerza de castigos, pero desplegando en sus ejercicios de acróbata la maravillosa elasticidad que triscando por las montañas de su tierra habían adquirido sus gentiles miembros de niña.

Goethe nos describe de una manera acabada uno de tales ejercicios. Sobre una alfombra, flanqueada por cuatro candeleros con las velas encendidas, había distribuido Mignon algunos huevos en hileras equidistantes. Vendóse luego los ojos, sonó el violín, y á los primeros acordes, como resorte que se dispara, comenzó sus evoluciones, marcando el compás con unas castañuelas.

«Vivaz, rápida y ligera, bailaba con precisión. Avanzaba por entre los huevos con paso tan seguro y atrevido, rozábalos tan de cerca que á cada punto parecía que iba á aplastar ó á lanzar alguno á lo lejos en una de sus vertiginosas volteretas. Pero nada de esto. Ni llegaba siquiera á tocarlos, por más que recorriese las filas con toda suerte de pasos, largos y cortos, saltando á veces, á veces casi de rodillas. Con la seguridad de un reloj proseguía su carrera, y á cada nueva embestida la extraña música daba nuevo empuje al baile, repetido siempre y cada vez más brioso.... Aquel baile era la imagen de su carácter. Mostrábase, como ella era, grave, severa, impetuosa, dura, y en las actitudes suaves, más solemne que graciosa.»

De tan dura esclavitud la redimió *Wilhelm Meister*, el héroe de la extraña novela de igual título en que desplegó Goethe toda la potencia creadora de su genio, y que si es inferior en conjunto, como obra de arte, á *Werther*, á *Hermann y Dorothea*, y sobre todo al incomparable *Faust*, las sobrepaja, en especial á las dos primeras, por el cúmulo de pensamientos que encierra, á cual más originales, y cuando no otro mérito, tiene el de haber dado al mundo de la poesía la figura de Mignon, una de las creaciones más simpáticas del ilustre alemán.

Hallábase la cuadrilla de saltimbanquis en una aldea de Alemania, en cuya plaza pública daba funciones. En una de ellas se negó Mignon resueltamente á ejecutar la danza de los huevos anunciada en el programa. El director, furioso, había ido al mesón en busca de la rebelde, y de allí la sacaba á rastras agarrándola por los cabellos y azotándola bárbaramente con la fusta de su látigo.

Sobrevino Guillermo, rompió por entre el grupo que con cobarde compasión presenciaba el espectáculo, y abalanzándose al cuello del rufián obligóle á soltar su presa. Después de varias contestaciones, el saltimbanquis convino en libertarla por treinta escudos que en rescate le dió Guillermo.

Á todas estas, Mignon había desaparecido y ocultádose. ¿Dónde? Quien decía que la había visto

en el desván del mesón, quien, encaramada al tejado de una casa vecina.

Á los dos días, en cuanto se hubo alejado la cuadrilla de saltimbanquis, presentóse Mignon á su salvador.

—¿Dónde te habías ocultado? —le preguntó Guillermo.

La muchacha no contestó y se limitó á fijar la vista en él.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman Mignon.

—¿Qué edad tienes?

—Nadie ha contado mis años.

—¿Quién fué tu padre?

—El gran diablo ha muerto.

Ese gran diablo era uno que hacía las veces de hermano de Mignon y había muerto formando parte de la cuadrilla.

Mignon hablaba en alemán chapurrado y con singular solemnidad, y á cada respuesta llevábase la mano al pecho y hacía una profunda reverencia.

Tendría de doce á trece años. Era bien conformada, pero sus miembros, ó prometían crecimiento más completo, ó anunciaban un desarrollo cohibido. No eran regulares sus facciones pero ejercían irresistible atracción; la frente era soñadora, la nariz bellísima, y la boca, aunque muy contraída para su edad y agitada á veces, por uno de sus lados, de estremecimientos convulsivos, era siempre candorosa y hechicera. Eran negros y penetrantes sus ojos, negros también sus cabellos rizados naturalmente y reunidos en bucles y trenzas en torno de su cabeza. Su cutis natural desaparecía debajo de la gruesa capa de colorete que cubría sus mejillas. Su manía, los primeros días que estuvo al lado de Guillermo, era lavarse; á cada momento se iba á la palangana, y era tanta la fuerza con que fregaba sus mejillas que la sangre acudía á ellas enrojeciéndolas, razón de más para que ella siguiese lavándose porque lo atribuía á la persistencia del afeitado. Por fin lograron hacérselo entender, y ya recobrado el color natural, apareció una tez morena matizada de leve carmín.

¿Qué hermosa figura la de Mignon á partir de este momento!

Goethe es el representante más cumplido en nuestra era moderna, de la gran literatura clásica. Sus creaciones, las de mujeres sobre todo, en que se cumplió principalmente, tienen su asiento en la línea de conjunción de la belleza y la verdad, de la observación y la fantasía. Son figuras humanas, de vigorosos trazos, pero dibujándose al través de la vaga neblina de la idealización que suaviza sus asperezas y angulosidades, y atenúa los contrastes de color fundiéndolos en superior armonía. Pertenecen á la gran familia de los antiguos, que atribuían al arte la sola misión de producir el goce estético, esa fruición indefinible que acaricia al alma, la eleva y como que la depura, transportándola á un mundo de ideas y de sensaciones espirituales de sin par belleza. Las escuelas modernas tienden á suprimir el goce estético y á sustituirlo por la emoción moral, por medio de la atenuación de los rasgos ideales y la acentuación correlativa de los caracteres realistas. La tradición antigua como la tradición moderna son sanas y perfectamente legítimas; pero ambas tienen su inconveniente en las exageraciones de segunda fila que convierten, las unas, en femenino desmayo el sereno goce de la belleza; las otras, en excitación meramente física la emoción producida por la copia de la realidad.

Goethe, que con ser el primero de los modernos fué sin duda el último pagano, supo mantenerse igualmente alejado de entrambas exageraciones.

Mignon es una niña. Su alma tiende á remontarse al cielo, pero su cuerpo pisa la tierra; por sus venas corre sangre, sangre meridional, que se agita é hierve al calor de la inminente pubertad. Tiene la inocencia de la niña con la incipiente malicia de la mujer. El ángel está en vísperas de consumir su encarnación. Débiles fulgores anuncian que se acerca

la tempestad de los sentidos. En el beso infantil, en el abrazo inocente halla cierto dejo de que no sabe darse cuenta exacta, pero que la impulsa indeliberadamente á imprimir sus labios con más fuerza, á estrechar sus brazos con sacudida nerviosa. La historia de Mignon en el *Wilhelm Meister* es la historia de semejante transformación. El amor se entró por las puertas de su alma de niña disfrazado de gratitud; de gratitud se volvió cariño, el cariño fué devoción, fué amor, fué pasión y pasión avasalladora. ¿Cómo había de acabar? Goethe era demasiado artista para profanar su creación. Sólo la muerte podía dar digno remate á aquel ensueño de poeta.

Lo que más realza la pintura de la pasión de Mignon en el *Wilhelm Meister* es su carácter meramente episódico, episódico é incidental en la material narración de las aventuras del protagonista, episódico é incidental en el tejido moral de la fábula novelesca. Aquel amor que la ocupa á ella por entero, apenas preocupa á nadie.

Porque Meister, el amado de Mignon, no ama á la niña. Aquella vez no se cumple la ley del Dante: *amor che à nullo amato amar perdona*. Meister siente al lado de ella una extraña atracción, pero no ve en ella más que á la niña, y sus caricias no excitan en él ni la sensualidad de la carne, ni esa otra sensualidad del alma que da vida al amor en su manifestación más noble. Llega á veces á sospechar que es amado, pero el cúmulo de sucesos en cuyo torbellino se halla envuelto le priva de fijar la atención en la misteriosa niña que vive y padece á su lado, muda, resignada, ocultando bajo la capa de un cariño infantil y juguetón la pasión que lentamente la corroe.

Lo que hace Guillermo, hace con arte exquisito el autor de la novela. Sólo de vez en cuando, por entre la serie de acontecimientos que forman el tejido de la acción, cuando atraído por el interés que esta despierta ú hondamente preocupado por las reflexiones que Goethe va prodigando, llega cuasi el lector á olvidar aquel seductor episodio, surge por un instante, como encantador estribillo, para devolvérselo á la memoria, la figura de Mignon, vuelta á relegar bien pronto á los últimos términos del cuadro.

La indiferencia cariñosa de Guillermo y la escasa importancia que en el desarrollo de la novela ejerce Mignon, no sólo son profundamente artísticas sino profundamente humanas. Son trasunto fiel de la vida real cuyos íntimos senos tan bien conocía Goethe. El mundo no es de los que no saben hacer otra cosa que amar y morir. Cruzan por él gimiendo y llorando como las sombras de Paolo y Francesca en los círculos del Dante: se gime con ellos un momento, y con ellos se llora su desventura, pero pronto la realidad se impone, prosigue el viaje, y se desvanecen aquellos recuerdos en la lontananza vaporosa por donde se perdieron las sombras apenadas de los dos amantes.

Desde que Guillermo Meister recoge á Mignon constitúyese ésta en su servidora más fiel. Pero en su misma fidelidad hay algo de cerril independencia. Un día no vacila en cometer la misma desobediencia que tan cara le hubiera costado sin la súbita interposición de Guillermo. Hallábanse éste y la compañía de cómicos de la legua con la cual le reunieran sus andanzas, en el castillo de cierto conde. Para inaugurar las representaciones que habían de dar en obsequio al príncipe soberano que se hospedaba en el castillo, habíase dispuesto una loa en la cual Mignon había de ejecutar su suerte maestra, la danza de los huevos. Cuando se le anunció, negóse resueltamente á ello diciendo que ella era libre y que no quería salir nunca más á las tablas. Su negativa fué inquebrantable.

Persistía asimismo en ella el carácter nómada de sus primeros años; no subía ni bajaba los peldaños de las escaleras; los saltaba por tramos, cuando no encaramada por la barandilla. Sentábase encima del primer mueble que le venía á mano. Al anoecer desaparecía y la encontraban dormida en el

suelo por algún rincón extraviado. No pudieron conseguir que aceptase cama alguna, ni siquiera un miserable jergón. Levantábase con el alba y, según averiguó Guillermo, iba á misa. Un día la siguió, y vióla arrodillada orando con fervor en el rincón más oscuro del templo. Seguía vistiendo de hombre, y no paró hasta conseguir un traje con los colores del de Guillermo.

Cierto día, al regresar éste á su casa, fué recibido como siempre por Mignon, quien le enseñó los garabatos que había escrito. Aprendía por sí sola á escribir, y todo su orgullo se cifraba en el aplauso de su amo. Aquel día estaba satisfecha de su lección. Pero Guillermo, que llegaba gravemente preocupado, no hizo caso ni de sus caricias ni del papel. Mignon se retiró sin decir una palabra.

Por la noche volvió Guillermo triste y abatido. Tenía que partir. Mignon se le acercó y notó al punto su pena.

—Meister, exclamó, si tú eres desgraciado, qué será de Mignon?

—Hija mía, respondió él, tú eres uno de mis dolores. He de dejarte.

En los ojos de él brillaron las lágrimas. Á su vista estalló el dolorido afecto de Mignon, quien se arrojó á sus plantas. Cogióle él las manos: ella reclinó la cabecita en las rodillas de Guillermo, quien con mano cariñosa jugaba con sus cabellos. Largo rato estuvo la niña sin moverse. De pronto, sintió él en ella una especie de estremecimiento, débil al principio, que fué comunicándose gradualmente á todos sus miembros.

—¿Qué te pasa? exclamó Guillermo sobresaltado.

Mignon levantó la hermosa cabeza, fijó en él una intensa mirada, y, de improviso, se llevó la mano al corazón como para reprimir su sufrimiento. Trató Guillermo de levantarla, pero se le cayó otra vez de rodillas. Apretóla contra su pecho y la besó; ni un apretón de mano ni el más leve movimiento contestó á aquellas caricias. Seguía oprimiéndose el corazón. De pronto dió un grito seguido de espasmos convulsivos. De un brinco se puso en pié y cayó al suelo desplomada, cual si de una vez se hubiesen roto sus articulaciones todas.

—Hija mía, exclamó él levantándola y abrazándola con fuerza; hija mía, qué tienes?

Los espasmos continuaban y del corazón iban comunicándose á los miembros aletargados. Guillermo la sostenía en brazos. Apretábala contra su pecho y la bañaba en lágrimas. De pronto pareció que se ponía más rígida aún, cual si el dolor llegase á su colmo; reanimáronse sus miembros con renovado vigor, y como resorte que se dispara, lanzóse al cuello de Guillermo, y en el mismo punto soltó de sus ojos cerrados un torrente de lágrimas. Él seguía oprimiéndola en sus brazos. Ella lloraba y no hay palabras que basten á expresar la violencia desgarradora de su dolor. Habíansele desatado los luengos cabellos y le caían flotando por la espalda. Parecía como si se exhalase sin tregua su sér todo en aquel diluvio de lágrimas. Sus miembros envarados iban recobrando la natural flexibilidad; su corazón iba desahogándose lentamente; y lloraba, y lloraba; parecía que iba á derretirse en lágrimas.

—Hija mía, exclamó Guillermo, hija del alma! Cálmate, eres mía, eres mía..... no te dejaré, no te abandonaré.....

Las lágrimas seguían corriendo: por fin Mignon se irguió: dulce serenidad brillaba en su rostro.

—Padre mío, verdad que no me abandonarás? que quieres ser mi padre? yo quiero ser siempre tu hija.

Así estalló aquella pasión comprimida. Al estallar hirió de muerte el corazón de la pobre niña. Fué la primera crisis.

¿Qué toques de poesía inspira á Goethe el episodio de Mignon?

Meister y sus cómicos tenían que trasladarse desde el castillo de que antes hemos hablado á una población vecina. La comarca estaba infestada de

bandoleros, pero aunque los cómicos vacilaban en emprender el viaje, Guillermo logró decidirles. Armáronse todos á prevención como pudieron, y Mignon, que no quiso ser menos, se apoderó de un cuchillo de monte. Á la mitad del camino hizo alto la comitiva en una meseta sombreada de frondosas hayas y tapizada de musgo silvestre; una fuente que entre la verdura emergía, convidaba al descanso con su frescura y su rumor; á lo lejos, por entre barrancos y lomas cubiertas de bosques, divisábase hermosa campiña tachonada de alquerías y de aldeas con molinos de viento acá y acullá, y más lejos, confundiendo su diáfano azul con el del firmamento, cadenas de encumbradas montañas.

De pronto, cuando más atareada andaba la comitiva en preparar su refrigerio, sonó una detonación, luego otra, y penetró en la meseta una turba de bandidos que corrió á apoderarse de los equipajes. Los cómicos se dispersaron; sólo Guillermo y algún otro les hicieron frente, trabándose una lucha desigual que acabó cayendo herido gravemente aquél y uno de sus auxiliares.

Mignon, que no se había apartado de su protector, al verle acosado por los bandidos echó mano á su cuchillo, y peleó denodada contra los agresores, hasta que uno de estos la agarró por el brazo y la echó á lo lejos causándole una grave contusión en el propio brazo. Pero esta contusión de que no habló hasta días después era nada en comparación con el peligro de su amado. Cuando éste volvió en sí, hallóse tendido en el césped, con la cabeza reclinada en el regazo de la cómica Filina, y á sus piés, de rodillas, y abrazada á ellos, Mignon, suelta y empapada en sangre la cabellera. Aquella sangre era de Guillermo, porque Mignon, no habiendo á mano con qué restañar la que brotaba de la herida, había aplicado á esta, aunque inútilmente, sus cabellos. ¿Qué hermoso cuadro!

Acudieron de la vecina población, colocaron á Guillermo en unas parihuelas y se le llevaron. Mignon siguió á la comitiva al lado de Guillermo á quien no perdía de vista. Mientras Filina, en quien sentía una rival, cuidó á Guillermo, Mignon se mantuvo retraída; mas cuando aquella abandonó al herido, entonces salió ella de su reserva y desplegó en el servicio del enfermo toda la solicitud de una madre. Por cierto que la noche después del combate, y por lo mismo, en los momentos culminantes del peligro, quiso ella también velarle, pero el cansancio y las emociones pudieron más y contra su voluntad la rindieron al sueño. Toque es este tan delicado como gracioso y que demuestra que Goethe no se olvida de que su heroína es una niña de trece años.

Tamaño amor no podía mantenerse inactivo. Á su espoleo despertaba la naturaleza y se precipitaba la pubertad. Sus caricias iban haciéndose cada día más fogosas. Abrazaba y besaba á Guillermo como antes, pero con un ardor como instintivo é involuntario que á veces llegaba á preocupar, á pesar de su indiferente distracción, al objeto de tales caricias. Cada día sentía más frío en aquella aterida tierra de Alemania. Habíase comprado un atlas de geografía, y su afición era buscar en él las regiones cálidas, tiritando de frío al pensar en los hielos del polo. Si alguien emprendía un viaje, lo primero de que se enteraba era de si iba hacia el Mediodía ó hacia el Norte, y más de una vez le había preguntado á Guillermo si la llevaría á Italia. Á pesar de ello, guardaba incólume su secreto aun para aquél. Volvíase cada día más voluntarioso su carácter. Sus juegos, más que juegos, parecían un recurso para dominar una violenta emoción interna. Sus manos no sabían estar quietas, y cuando no tenía que hacer, cogía un hilo, un papel, un trozo de madera, lo que primero hallaba, y lo estrujaba ó hacía trizas nerviosamente. No estaba tranquila sino cuando jugaba con Félix, niño de pocos años que más tarde resultó que era hijo de Guillermo, no sin que ella, por maravillosa intuición, lo hubiese presentido de muy antes.

(Concluirá.)

J. SARDÁ.

ESPEJISMOS

NARRACIÓN PARA LOS CELOSOS

(Continuación)

V



UNA noche que Juan se dirigía al pueblo, como a doscientos pasos del puesto avanzado y á la parte derecha del sendero por donde caminaba, sintió entre las malezas del monte ruidos muy semejantes al que producen los jabalíes cuando corren entre las jaras.

Aquel ruido no podía, sin embargo, proceder de ninguna especie de alimañas, porque aunque en otro tiempo la caza abundaba por tales parajes, el estrépito de la guerra la había hecho buscar á la sazón guaridas más solitarias y seguras, ahuyentándola de aquellas escabrosidades visitadas constantemente por las guerrillas carlistas, pisadas palmo á palmo por las columnas liberales, y escandalizadas siempre por las cornetas y el tiroteo de ambos ejércitos.

Atento á estas razones Juan se detuvo y escuchó: en el monte se movía algo indudablemente. La noche estaba muy oscura, como bien elegida para una sorpresa, y era imposible llegar á cerciorarse de la verdad por otro camino que el de los oídos. Así fué que Juan recogió en ellos todas sus potencias y facultades y, aplicándolos cuidadosamente, pudo conocer que no uno, sino muchos seres vivos, iban por diversas partes á la vez rompiendo la aspereza del monte bajo. Juan previno su revólver, y se guareció de una madronera al lado del camino para no quedar al descubierto en caso de una sorpresa traicionera. ¿Cuál no sería la suya cuando á ocho pasos y en un claro del matorral vió la figura de un carlista cuyo uniforme y cuya boina distinguió bien porque lo escaso de la distancia suplía á lo grande de la oscuridad! Juan, parapetado detrás de las matas, podía tender en tierra á aquel hombre y á otros cinco que le siguieran. Pero entretanto los demás sorprenderían infaliblemente al destacamento y la hazaña y el sacrificio cierto del bravo capitán habrían sido inútiles para su propio deber y para el provecho de las armas liberales. Esto mismo pensó sin duda, y en vez de hostilizar á los aparecidos encorvó el cuerpo para no ser visto y se corrió á lo largo de la senda hasta el cuerpo de guardia de la avanzada. Dió la voz de alarma á sus soldados, despertó á sablazos á los dormidos y en menos que se tarda en referirlo, se puso en defensa la compañía con tanta oportunidad que en aquel momento mismo el centinela colocado en la trinchera hacía fuego contra un grupo enemigo que á pocos pasos de él saltó de entre las sombras. Gracias al feliz suceso de las desertiones nocturnas de nuestro capitán, el ataque fué rechazado evitándose una sorpresa que estuvo á punto de prosperar.

Pero ¿qué relación tienen los acontecimientos de la vida militar del capitán Pérez con las desgracias de su vida íntima? Véase lo que sucedía en el pueblo y júzguese después. Apenas se dejaron oír las primeras descargas de fusilería cuyos ecos repetidos por las quebradas del terreno llegaron con doble estruendo á la villa, el coronel saltó del lecho; las cornetas, que pocas horas antes habían tocado silencio, tocaron generala, los ordenanzas corrieron de una parte á otra llevando órdenes y despertando á jefes y oficiales, los soldados salieron de sus alojamientos unos medio dormidos, todos á medio vestir, acudieron á sus banderas, formaron con la incorrección propia del apresuramiento en calles y plazas, y en diez minutos aquel recinto antes silencioso y desierto quedó trocado en un campamento animado por ese desorden nervioso mitad miedo y mitad deseo del peligro, que precede á todo combate en la vida de campaña. El tráfago y la baraúnda de la soldadesca cundieron al paisanaje, y no hubo vecino que no se pusiera en pié repentinamente, movidos unos por el resorte de la curiosidad y los más por el del terror.

Una mujer se adelantó á todos en salir á la calle: esa no tuvo que despertarse porque no estaba dormida, ni tuvo que vestirse porque no estaba desnuda. Era Marta que aguardaba á su marido. Santiago, que velaba también, al conocer que el tiroteo procedía del destacamento de su capitán, se descolgó de la ventana por la cuerda prevenida, y él y los oficiales de órdenes que primeramente salieron á la calle hallaron ya en ella á Marta.

Y como nadie podía, y Marta no quería explicar que estuviese desvelada y vestida en su casa á tales horas, pasó por artículo de fe que el tiroteo la había sorprendido fuera y muy lejos de ella, porque nadie entendía cómo, estando dormida Marta, pudo en tan breve tiempo presentarse sin los descuidos y señales propios de un aliño improvisado. Las mismas gentes que la hallaron tan compuesta de traje como descompuesta de rostro, la impidieron salir, como ella quería imprudentemente, al campo en busca de su marido. En cuanto á éste, una fuerte columna fué á auxiliarle y con ella Santiago á verle.

Acabada la escaramuza y venida la mañana. Juan observó entre los oficiales llegados del pueblo, cuchicheos,

sonrisas maliciosas y hasta pullas que le encendían la sangre. Sabían que Marta había sido hallada en la calle antes que ninguna otra persona, estaban en la corriente calumniadora que envolvía la reputación de aquella mujer inocente, y la caridad que muerde, la murmuración que mata a título de misericordia no saben perdonar ni al camarada por quien se sabe arriesgar la vida.

Para complemento de la obra fatal, Santiago explicó a su capitán la causa de aquellas murmuraciones, refiriéndole el suceso de la noche pasada.

— «Ah! — gritó el capitán — ¿Con que ella arrastra por esas calles mi honor mientras yo peleo aquí por ganarlo? Pues bien: esta noche tiraré mi honor militar por vengar el privado. Espérame a las doce, Santiago.»

En efecto, Juan estaba a aquella hora delante de su casa. Pero no entró en ella como solía. Llegado a la tapia del huerto, se detuvo ante la puerta, la reconoció para cerciorarse de que estaba cerrada, dejóla en tal estado, siguió por la calleja parándose y mirando cuidadosamente a las ventanas de la casa, dobló la esquina que formaban las dos fachadas de ella, se aseguró de que la puerta principal estaba también cerrada, y quedó largo espacio rondando su morada, oculto unas veces en los huecos de las puertas vecinas y otras veces en las sombras de la calle que eran espesas.

Por su parte Marta, sobresaltada por los sucesos de la noche anterior, no se había acostado en espera de los que pudieran sobrevenir. Ni la inquietud la hubiera dejado dormir aunque ella lo pretendiera. Desasosegada y trémula no podía parar dos minutos en una habitación, ni dos segundos en una postura. Se levantaba y se sentaba, iba y venía de la alcoba a la sala, y de la sala al balcón que se abría frente a las sierras que ocultaban

entre sus riscos el destacamento de Juan. Desde allí miraba y nada veía y escuchaba conteniendo la respiración para percibir mejor todos los rumores que por leves que fuesen le sonaban a descargas lejanas de fusilería.

Una de las veces que Marta salió al balcón, Juan, que seguía vigilando en los alrededores de la casa, sintió el ruido que produjo, al abrirse, la vidriera. Oculto tras una esquina vió aparecer el busto de Marta que se dibujaba claramente en el cuadro de luz proyectada de la parte de adentro de la sala. Marta miró al campo, después a la calle y desapareció cerrando otra vez el balcón.

— «No me espera — se dijo Juan — y sin embargo está despierta. Sabe que hoy no puedo o al menos no debo venir y está vestida. O espera a alguien o explora la calle para asegurar la salida del que esté dentro: quizá para salir ella misma como anoche.» Entonces se corrió hacia la calleja a donde caía la ventana del cuarto de Santiago y arrojó una piedrecilla a los cristales. Un minuto después, la ventana se abrió con cuidado y cayó de ella una cuerda anudada. Juan se encaramó agilmente por ella y se encontró en el aposento de Santiago. Desde allí, sumergidos en las tinieblas y en el silencio capitán y asistente pudieron percibir murmullos confusos, pasos leves, roce de vestidos, abrir y cerrar de puertas, todos aquellos ruidos de que hablaba el asistente a su capitán.

— «Esta es la ocasión: vamos» — dijo Juan.

Y sacando fácilmente, porque ya estaban arrancados de antemano por Santiago, los clavos de la cerradura, la levantó dejando franca la puerta por donde ambos salieron descalzos, para no ser oídos, al pasillo que comunicaba con el resto de la casa. Juan marchaba delante

de Santiago por aquellas habitaciones sin luz cuyo plano conocía perfectamente. El pasillo tenía tres huecos. El primero, contando desde el cuarto de Santiago, correspondía a la escalera que llevaba a las habitaciones bajas y al portal de la casa. En el segundo hueco se abría otro pasillo que terminaba en la puerta falsa de la alcoba de Marta. El tercer hueco daba ingreso a la sala. A la mano derecha de la sala se encontraba un gabinete y en el fondo de este la misma alcoba cuya otra puerta salía al segundo pasillo antes indicado. Ni la arquitectura ni el mueblaje de estos aposentos tenían nada de particular. Sólo mencionaré, por tanto — y esto no por extraordinario sino por la importancia capital que tenía en los sucesos presentes — un armario de luna que colocado en la alcoba frente a la puerta falsa, se dejaba ver desde el vértice de ambos pasillos. La luz de la sala, penetrando por las vidrieras de la alcoba, cubría con un gran girón luminoso el espejo del armario: lo demás quedaba en la oscuridad, de suerte que, mirando desde la parte de afuera, no se podía, a primera vista, precisar si aquel fondo claro era espejo, luz o puerta de otro aposento.

Juan llegó al sitio en que confluían los dos pasillos, como para entrar en la sala.

Ansioso de mirar y aterrado por lo que esperaba ver, resuelto a matar y a morir, y sintiendo menos morir que matar, su espíritu se hallaba en esa situación suprema en que no obran libremente las facultades perturbadas, en que los oídos no oyen lo que suena ni los ojos ven lo que existe, en esa que se pudiera llamar locura de los sentidos porque en ellos la alucinación puede y habla más que la realidad.

EUGENIO SELLES.

(Continuará.)

REPARTO PRÓXIMO DE LA BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS

TRES POESIAS

EL ÁNGEL DE LA MUERTE * CANCIÓN DE LA CAMPANA * EPÍSTOLA MORAL

CON ORLAS DE

CARLOS LARSSON * A. LIEZEN MAYER * ROBERTO SEITZ * ALEJANDRO RIQUER



¡Cuán callada que pasa las montañas
el aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las canas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
por el vano, ambicioso y aparente!

J. O. WALLIN

SCHILLER

FERNÁNDEZ DE ANDRADA



¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la virtud? Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira a las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte.

E. DOMENECH Y C.^o — BARCELONA

Imp. de F. Gisé, Ausias March, 17